

LIBROS

Entrevista con Agustín García Calvo

CHAO.—Lo primero que me sorprendió al leer tu «Sermón» fue el ver que no tiene ninguna relación con la poesía al uso en España, que no se puede asimilar a ninguna de las corrientes, y que no puede entrar ni ser citado en los actuales debates sobre la poesía de nuestro país. ¿A qué se debe? ¿No te interesa la poesía actual española ni sus grupos o capillas?

AGUSTÍN GARCÍA CALVO.—Bueno; ya se ve que no se trata de un libro de poesía. Es, como el título lo dice —y no lo dice en broma, desde luego—, un sermón. No trato de justificar la presencia de un sermón, pero en todo caso lo que es más bien es eso. Así que nada extraño tiene que, siendo un género poco cultivado, tal vez ahora, pues, tome formas que sean sorprendentes. En fin, ya querría yo que lo fueran más. Es un sermón o, si se quiere, dicho de otra manera, es un ejemplo de poesía impura; es decir, lo mismo que con él no se hace poesía en el sentido que ha venido siendo tradicional de la palabra, y que yo no entiendo muy bien lo que quiere decir, pero en fin, lo mismo en todo caso que no es una canción ni una obra dramática, así tampoco es los otros tipos de poesía impura que se han cultivado en los últimos tiempos, la poesía política o comprometida, como se decía. No sé, no sé muy bien lo que es; por otra parte, te confieso que todo lo que sea hablar del sermón en sí mismo me parece que es una contribución a cosificarlo, como se dice; por fortuna yo estoy muy oscuro respecto a él, no sé muy bien lo que es, y así

pienso que le haré el menor daño posible.

CH.—De todas formas, la cosificación es inevitable: Kafka fue «cosificado» por Max Brod. ¿Crees que el resultado es pernicioso?

A. G. C.—No se puede saber el resultado definitivo. Lo que valen las cosas no se puede medir ni contar; habría que estar en el Juicio Final, en el fin de los tiempos, para poder hacer la cuenta. Uno tiene la sospecha más bien de que todo lo que entra a formar parte de esta industria cultural está ya condenado por ello mismo a formar parte del mecanismo; sospecha en todo caso también que el mecanismo no es perfecto, que no se puede demostrar tampoco que lo sea, y por eso se deja uno arrastrar a meterse en esas aguas. Pero en fin, más bien con desconfianza.

CH.—Quizá este dejarte arrastrar te llevó a firmar este libro, pues generalmente otros escritos tuyos se publicaron sin firma. En el «Sermón» hay incluso algunos pasajes autobiográficos.

A. G. C.—Bueno, lo de la firma y lo de los pasajes, que tú llamas autobiográficos, son dos cosas muy distintas. Respecto a la firma, en efecto, mi intención y mi deseo era publicar también este libro, como otros de los folletos que me han salido, sin firma alguna. Han sido razones editoriales y bastardas las que me han obligado a la firma. En cuanto a los pasajes, que tú llamas autobiográficos, eso es harina de otro costal. En realidad, el personaje que ahí aparece es un personaje que, no sé; que tal vez pueda tener alguna relación conmigo, pero eso es lo de menos; allí figura como una especie de ejemplo del YO. Yo en un libro, donde la cuestión el YO, por decirlo así, es central, no podía resignarme a hablar como se habla de ordinario del YO, sustantivando la palabra yo. Pienso que la única manera es hablar en la primera persona de vez en cuando si se quiere hacer servir uno mismo como ejemplo de eso. No sé si el «Sermón» será afortunado a ese respecto, pero en todo caso, de lo que se trata con las aparentes notas autobiográficas es ha-

cer jugar eso, hacer jugar un ejemplo de YO.

CH.—En cierto momento escribes: «Puede que te parezca duro/hablar en verso de estas cosas»... ¿Quiere decir esto que la poesía es para ti la única vía para hablar de la indeterminación, tema dominante de la obra?

A. G. C.—Yo no sé. Las cosas, una vez que están hechas, están hechas; así son. Lo que tengo que confesar es una «manía» impenitente de jugar con los ritmos, con los números del lenguaje; algo así como si ahí, en los metros, las contradicciones internas de la lengua estuvieran vivas y palpables. En todo caso, el razonamiento que se presenta en esos versos que citas me parece, en

soy un filósofo, por fortuna puedo decirlo bastante tranquilamente, y mi relación con las personas que citas casi se reducen a una tierna amistad con Savater. Yo prefiero pensar que más bien es por casualidad por lo que Savater, al mismo tiempo publica libros que se pueden llamar y que él mismo llama filosóficos —tal vez con un descaro loable— y, que al mismo tiempo, sea amigo mío. No creo que haya que buscar muchas más relaciones. Por ejemplo, a Nietzsche lo conozco poco, y aunque de vez en cuando pueda haber encontrado en él algunas vibraciones, digamos, que me tocan de cerca, hay también al mismo tiempo una cierta antipatía, que no me ha dejado pene-

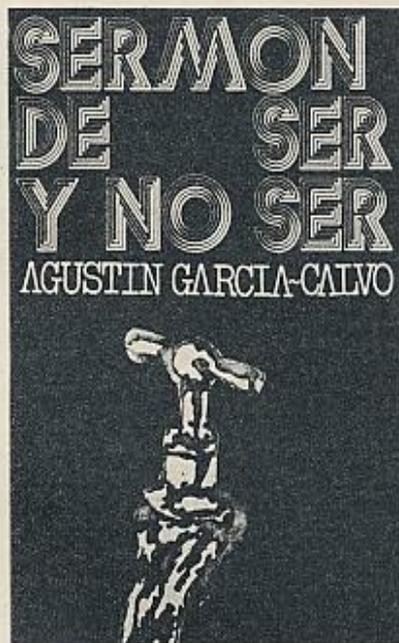
ser todo esto que es, y que, por otra parte, parece imposible que sea. Es un intento de remediarlo, y ya se comprende que frente a esa filosofía no puede uno sentir grandes simpatías, que digamos.

CH.—Al lado de un indudable contenido filosófico —aunque tú no quieras ser filósofo— que hay en el «Sermón», le das una gran importancia al erotismo. ¿Consideras que el erotismo es una vía de liberación?

A. G. C.—No; yo no creo eso. Si en el poema juegan mucho —sobre todo en las partes centrales— la aritmética con algunas alusiones eróticas; parece como si fueran dos maneras un poco complementarias de juego. Y son juegos a los que uno se entrega tal vez sin demasiada mala conciencia. Pero estoy muy en contra del giro que han tomado las cosas en los últimos años: es decir, que en la decadencia de los partidos políticos y de los movimientos políticos tradicionales, también el erotismo, como por otra parte ciertas formas de cultivo de la droga, se hayan venido a transformar en una especie de reemplazantes de los partidos políticos y hasta de las religiones. El placer, el erotismo, el amor, son cosas que mientras no se dice nada de ellas y funcionan, tal vez se pueda sospechar en silencio que contienen una amenaza de libertad con respecto al Orden; pero desde el momento que se toman también como creencias o programas, y se habla de Placer con mayúscula, o del Amor, son una cosa como otra cualquiera.

CH.—¿Quieres añadir algo?

A. G. C.—No, nada; quizá únicamente insistir en que seguramente he cometido una especie de pecado al contribuir con un pequeño libro al torrente de la industria editorial, y ahora, por lo menos, lo que querría es que el libro corriera su suerte por sí mismo, que pasara con él lo que tenga que pasar y que se independizara de mí lo más y lo más pronto posible. Nada más. Probablemente es una insistencia vana, pero por decirlo que no quede. ■ Declaraciones recogidas en magnetofón por RAMON LUIS CHAO.



cierto modo, claro: se trata de que sea la Ley misma la que grite «Libertad», y no el esclavo. Eso es lo que viene a decir.

CH.—Hablemos ahora de otra cosa; por ejemplo, de esa corriente filosófica que hay ahora en España, representada por Savater, por Trias, etcétera, de esta vigencia de Nietzsche, por ejemplo. ¿Te sientes en algún modo responsable, y no crees que lo que pudo haberse plasmado en una filosofía no puede llegar a ser un escapismo?

A. G. C.—Bueno, en realidad, yo, naturalmente, no

trar mucho en su lectura. Por otra parte, respecto a la filosofía en general, pienso que todo lo que se llama filosofía es algo así como la Ciencia y como la Religión; es decir, formas, partes del aparato ideológico destinado a conseguir que el Ser sea el que es, que las cosas sean lo que son. Pienso que lo que se llama filosofía, toda la Filosofía positiva que se presenta como doctrina es un intento de remediar la pregunta, la pregunta inevitable de Sócrates o la pregunta de los niños respecto a cómo se sostiene la Tierra, cómo es que puede